

The book cover features a vibrant orange background with intricate white abstract patterns that resemble stylized leaves or branches. A large white circle is centered on the cover, serving as a backdrop for the author's name and the title. The author's name, 'JOSÉ MARÍA CARABANTE', is written in a smaller, orange, serif font above the title. The title, 'La suerte de la cultura', is prominently displayed in a larger, orange, serif font within the white circle. The publisher's logo, 'LHG', is positioned to the left of the circle in a bold, white, sans-serif font. At the bottom center, the word 'ensayo' is written in a black, lowercase, sans-serif font.

JOSÉ MARÍA CARABANTE

La suerte de la
cultura

LHG

ensayo

La suerte de la cultura
Hacia una reconstrucción
de la cultura y del hombre

COLECCIÓN DE ENSAYO

La Huerta Grande

José María Carabante

LA SUERTE DE LA CULTURA
HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN
DE LA CULTURA Y DEL HOMBRE



© De los textos: José María Carabante

Madrid, abril 2021

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118 87-7

D. L.: M-3962-2021

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien
Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

*¿Qué puedo hacer sino
enumerar viejos temas?*

W. B. Yeats, *Últimas poesías*

Para Belén, Teresa y Marta

ÍNDICE

LA SUERTE DE LA CULTURA
HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN
DE LA CULTURA Y DEL HOMBRE

Nostalgia por la cultura	13
Ni ángel ni bestia	25
Crisis de la cultura y crisis del hombre	39
Entre la barbarie y lo sagrado	45
Cultura y mundo	55
Las aficciones de la cultura	63
Nutrir la cultura	79
Bibliografía	89

NOSTALGIA POR LA CULTURA

Como la aguja de Notre Dame, devorada por las llamas una tarde de abril de 2019, también la cultura parece consumirse ante la mirada atónica e incluso indiferente del hombre. Hay fenómenos que no dejan de suscitar preocupación, como la crisis de las humanidades, la mejorable calidad de la cultura de masas o el consumismo, y que parecen dar la razón a los agoreros del espíritu, es decir, a quienes desde hace décadas se han apresurado a denunciar el ocaso de la cultura. En su opinión, habríamos dejado atrás la época dorada del conocimiento para adentrarnos en un período tenebroso e iletrado y estaríamos condenados a vagar desamparados de todo sentido. Los nuevos populismos, esos remedos de la antigua mentira que son las *fake news* o la adicción a las conspiraciones se podrían interpretar, asimismo, como frutos de la supuesta agonía de la cultura.

Esta lectura pesimista es muy atractiva para quienes conservamos fotografías en sepia, amamos los

libros viejos o tenemos costumbres melancólicas que nos convierten en miembros de una tribu extravagante. Es romántico pertenecer a esa suerte de cofradía de la cultura y salir, pertrechados de infinitas epopeyas e innumerables mitologías, a impugnar el progreso o denunciar la expropiación de los últimos reductos de lo humano. Los que enseñamos historia, filosofía y literatura —por no hablar de esos titanes que imparten latín, e incluso griego—, nos aprestamos cada septiembre, algo quijotesicamente, a vencer la apatía inicial de nuestros alumnos, ensayando una y otra vez argumentos para superar su resistencia y sembrar la inquietud por una región, como la de la cultura, que es para ellos tierra ignota.

La nostalgia espiritual, sin embargo, convive con el optimismo de aquellos que celebran los avances de los últimos siglos. Ha aumentado, señalan, el conocimiento que tenemos acerca del mundo y las nuevas tecnologías lo han puesto al alcance de todos, con independencia del nivel económico. También vivimos mucho más tiempo y aunque las desigualdades, por desgracia, no han desaparecido, estamos mucho más sensibilizados ante ellas y hemos mitigado bastante el lastre de la pobreza.

¿No podríamos interpretar la pugna entre unos y otros como la última batalla que enfrenta a las humanidades con las ciencias? Siempre es difícil datar los mitos, pero sabemos con exactitud cuándo nació el de las dos culturas: fue en una conferencia impartida en Cambridge por el físico y novelista inglés C. S. Snow, en la primavera de 1959. Desde entonces, no solo nos

hemos visto obligados a elegir, apenas entrábamos en la adolescencia, entre las letras y los guarismos, con la misma pesadumbre que sentíamos como cuando, de niños, nos preguntaban a quién queríamos más, si a mamá o a papá, sino que la cultura se resiente de una profunda herida que está lejos aún de cicatrizar. A partir de ese fatídico día, se han considerado irreconciliables los dos ámbitos del saber y la disyuntiva ha entrado, sin objeción alguna, en los planes de estudios, difundándose la polarización espuria entre, por un lado, el conocimiento científico, con indudables beneficios, y, por otro, el improductivo, conformado por el acervo de leyendas y fábulas propio de las letras.

Este ha sido, entre otros, uno de los motivos por los que la cultura ha estado tambaleándose en las últimas décadas. Probablemente no podamos remontar su declive obcecándonos en descubrir su “utilidad” para contrarrestar el peso de la ciencia, como se ha pretendido, sin antes reconocer que el espíritu, nuestro espíritu, tiene necesidades tan inexcusables como las que importunan al cuerpo. Dicho de otro modo, si insistimos en pasar por alto nuestra condición, como veremos en las páginas que siguen. Porque existe, y es eso lo que desafortunadamente hemos arrumbado, una reciprocidad ineludible entre cultura y naturaleza humana, de manera que, para recuperar el sentido liberador de la primera hemos de partir de quiénes somos. Pero, por otro lado, la cultura, la auténtica cultura, es también el camino más próximo del que disponemos para reconstruir lo humano. Sin ella, caeríamos, una vez más, en la barbarie.